

ni amenazas te espanten, ni la ira te venza, ni el odio te turbe, ni la afición te engañe. Oye mas: ¿cuál vemos primero, la luz ó la cera? No negarás que la luz. Pues haz de manera que tu oficio, que es la cera, se vea después de tí, conociendo al oficio por tí, y no á tí por el oficio. ¶

¶ Muchas veces acontece la cera ser mucha, y la luz poca y ahogarse en ella: como si en un cirio grueso el pábulo fuese sutil; otras volver la luz abajo, y derritiéndose la cera encima luego apagarse: así vemos que lo bueno en tí es tan poco, y el oficio que te dan sobra tanto á la medida de tus méritos, que lo poco se te apaga, y quedas ascuras; otras veces vuelves al suelo tus virtudes, inclinaste mal, porque derrites el oficio encima, robando, baratando, forzando, menospreciando al pobre su causa, tratándola con dilación, y la del rico con instancia; señalaste con rigor en el pobre, dispensando con el rico mansedumbre; al pobre tropellaste con soberbia, y al rico hablaste con veneración y crianza. Con esto se te acaba de morir, y se te gasta quedando perdido. Hay otros que hacen del oficio de luz (como dije antes), y habiéndolo ellos de ser, por el contrario son la cera. Estos tales, ¿qué negocian, si sabes? Yo te lo diré. ¿Cuál es la propiedad de la cera? Irse poco á poco gastando y consumiendo, llevando la luz violentada tras de sí, hasta que se desaparecen el uno y el otro, y quedan acabados: esto mismo les aconteció. Viven de manera (teniendo escondidas las buenas obras, las virtudes, lo bueno) que ni se precian dello ni lo estiman; estiman el oficio que hicieron luz; vanlo violentando por encorporarlo en sí, por esquilmarlo, por desnatarlo, y aun desangrarlo, y vanse poco á poco consumiendo con él; viven mal, y mueren mal: cual vivieron, así murieron. ¿Qué piensa el que se hace cera cuando á uno le quita su justicia ó lo que justamente merece, y lo trasmonta en el idiota que se le antoja? ¿Sabes qué? Derrítete y gástate, sin sentir cómo ni de qué manera; acábasele la salud, consuégesele la honra, pierde la hacienda, fallecen los hijos, mujer, deudos y amigos en quien hacían estribos de sus pretensiones, andan medidos en profundísima melancolía, sin saber dar causa de qué la tienen. La causa es, amigo, que son azotes de Dios, con que temporalmente los castiga en la parte que mas les duele, demás de lo que para después les guarda; y así lo permite su divina Majestad, para consuelo de los justos, que los que disolutamente pecan haciendo públicos agravios y sinrazones, castigarlos á ojos de los hombres, para que lo alaben en su justicia, y se consuelen con su misericordia, que también lo es castigar al malo. ¿Quieres tener salud, andar alegre, sin esos achaques de que te quejas, estar contento, abundar en riquezas y sin melancolías? Toma esta regla: confiéstate como para morir; cumple con la definición de justicia, dando á cada uno lo que le toca por suyo; come de tu sudor, y no del ajeno; sirvante para ello los bienes y gajes ganados limpiamente: andarás con sabor, serás dichoso, y todo se te hará bien. ¶

¶ A buena fe que mi consideración me iba metiendo muy adentro, donde quizá perdiera pié, y fuera menester socorro. Ya me engolfaba ó me puse á pique para decir el por qué y cómo se hace algo desto; si corre por interés ó si por afición ó pasión, quiero callar, y no habrá ley contra mí, ni secreto para mí, que al buen callar llaman santo; pues aun conozco mi esceso en lo hablado, que mas es doctrina de predicación, que de pícaro. Estos ladridos á mejores perros tocan: rómpanse las gargantas, descubran los ladrones; mas ¡ay, si por ventura les han echado pan á la boca, y callan! ¶

CAPITULO IV.

En que Guzmán de Alfarache refiere un soliloquio que hizo, y prosigue contra las vanidades de la honra.

¶ Larga digresión he hecho y enojosa, ya lo veo; mas no te maravilles, que la necesidad adonde acudimos era

grande, y si concurren dos ó mas lesiones juntas en un cuerpo, es precepto acudir á lo mas principal, no poniendo en olvido lo menos. Así corre en la guerra y todas las mas cosas: yo te prometo que no sabré decir cuál de las dos fuese mayor, la que dije ó la que tomé, por lo que importan ambas; mas volvamos adonde nos queda empuñada la prenda, siguiendo aquel discurso. ¶

Llevaba yo un día en mi capacha ó esporton del rastro un cuarto de carnero á un oficial calcetero; halléme acaso unas coplas viejas, que á medio tono, como las iba leyendo, las iba cantando. Volvió mi dueño la cabeza, y sonriéndose dijo: válgate la maldición, mal trapillo, ¿y leer sabes? Respondele: y muy mejor escribir. Luego me rogó que le enseñase á hacer una firma, y que me lo pagaría. Preguntéle: diga, señor, firma sola, ¿para qué la quiere, ó de qué le puede aprovechar? El me respondió: ¿para qué? Salgo á negocios que me da Fulano mi señor, porque yo calzo á sus niños (y nombró el personaje); querría siquiera saber firmar por no decir que no sé cuando se ofrezca. Quedóse así este negocio, y yo haciendo un largo soliloquio, que fui siguiendo buen rato en esta manera:

¶ «Aquí verás, Guzmán, lo que es la honra, pues á estos la dan. El hijo de nadie, que se levantó del polvo de la tierra, siendo vasija quebradiza, llena de agujeros, rota, sin capacidad que en ella cupiera cosa de algun momento, la remendó con trapos del favor, y con la soga del interés ya sacan agua con ella y parece de provecho. El otro hijo de Pero Sastre, que porque su padre, como pudo y supo, mal ó bien, le dejó que gastar; y el otro que robando tuvo que dar y con que cohechar, ya son honrados, hablan de bóveda, y se meten en corro; ya les dan lado y silla, quien antes no los estimara para acemileros. Mira cuántos buenos están arrinconados, cuántos hábitos de Sant-Iago, Calatrava y Alcántara, cosidos con hilo blanco, y otros muchos de la envejecida nobleza de Lain Calvo y Nuño Rasura tropellados. Dime: ¿quién les da la honra á los unos que á los otros quita? El mas ó menos tener; ¿qué buen decano de la facultad, ó qué gentil rector ó maese-escuela! ¿Qué discretamente gradúan! y qué buen examen hacen! Dime mas: ¿y á qué se obliga ese que lleva el oficio que decías primero, y esotro á quien el dinero entronizó en la *Sancta Sanctorum* del mundo? ¿Y cómo queda el hombre discreto, noble, virtuoso, de claros principios, de juicio sosegado, cursado en materias, dueño verdadero de la cosa, que dejándole sin ella, se queda pobre, arrinconado, afligido y por ventura necesitado á hacer lo que no era suyo, por no incurrir en otra cosa peor? Mucho me pides para lo poco que sabré satisfacerte; mas diré conforme á lo que alcanzo lo que dello entiendo.» ¶

¶ «Cuanto para con Dios, son sus juicios ignotos á los hombres y á los ángeles; no me entremeto á mas de lo que con entendimiento corto puedo decir, y es, que él sabe bien dar á cada uno todo aquello de que tiene necesidad para salvarse; y pues aquel oficio faltó, no convino; por lo cual sabe, ó porque con él se condenará y lo quiere salvar, que lo tiene predestinado. Esto es cuanto para el que se queda sin lo que merece; pero para el poderoso que se lo quita, que no es de juez de intenciones ni de corazones, ni los puede examinar, y por lo exterior, que solo conoce, pervierte la provision, si habemos de hablar en lenguaje rústico, regulando el celestial, digo: que á la márgen de la cuenta deste poderoso, saca Dios, como acá solemos (para advertir algo) un ojo, y dice luego: ¿qué le tengo de pedir? ¿qué causa tuvo deste agravio, sabiendo que los tengo amenazados? Jueces de la tierra, porque no juzgastes bien os tengo aparejado durísimo castigo; yo residiré en la Sinagoga de los dioses, y los juzgaré. Lástima grande que quieran (sabiendo esta verdad) hallarse delante de aquel juez recto y verdadero, con acusación cierta, que los ha de

condenar, y faltos de la restitución que deben, sin la cual el pecado no puede ser perdonado, y no lo quiere remediar.» ¶

¶ «Verdad es que no faltará quien les diga: sí, señor, bien pudistes, no pecastes, bien hicistes en darlo á vuestro deudo, conocido ó amigo, ó al criado, que están mas cerca. Pues en verdad que no pudistes, porque lo quitaste de su lugar y lo pusistes en el ajeno. Vuelve sobre tí, considera, hermano mio, que es yerro, que no pudiste. Y porque no pudiste, pecaste, y porque pecaste, no está bien hecho; no mires á dichos de tontos ni de congraciadores en lo que te importa tanto; lo mejor sería que te ciñeses y vieses lo que te aprieta, y lo repases con tiempo, que hay confesores de grandes absolvederas que son como sastres: diránte que el vestido que ellos te hicieron te entalla bien; pero tú sabes mejor si te aprieta, si te allige, si te angustia ó cómo te viene; y permite Dios que porque no buscaste quien (viviendo y gobernando) te dijese verdades, al tiempo de la muerte, agonizando, no haya quien te las diga, y te condenes. Vela con los ojos, abre los oídos, y no dejes que te pongan las abejas de Santánas la miel en ellos, ni hagan enjambre, que son caminos anchos de perdición. Pero volviendo á estos tales, cuanto á Dios no dudo su castigo, y cuanto á los hombres te sabré decir, que abren puerta á la murmuración, y que hagan dello pública conversacion, diciendo (como dije artes) los fines que creí fueran secretos, teniendo lástima de tantos méritos tan mal galardonados, y de un trueco tan desproporcionado, viendo á los malos por malos medios valer mas, y á los buenos con su bondad eseluidos y desechados; mas yo te prometo que les tiene Dios contados los cabellos, y que ni uno se les pierda. Si los hombres les faltaren, consuélense, que les queda buen Dios que no les faltará.» ¶

¶ «Así que, deste modo van las cosas, pues ni quiero mandos ni dignidades; no quiero tener honra ni verla; estáte como te estás, Guzmán amigo; séanse enhorabuena ellos la conseja del pueblo, nunca se acuerden de tí, no entres donde no puedes libremente salir, no te pongas en peligro que temas; no te sobre que te quiten, ni falte para que pidas; no pretendas lisonjeando, ni enfraques, porque no te inquieten; procura ser usufrutuario de tu vida, que usando bien della, salvarte puedes en tu estado: ¿quién te mete en ruidos, por lo que mañana no ha de ser ni puede durar? ¿Qué sabes ó quién sabe del mayordomo del rey don Pelayo, ni del camarero del conde Fernán González? Honra tuvieron y la sustentaron, y dellos ni della se tiene memoria alguna, pues así mañana serás olvidado, ni se tendrá de tí. ¿Para qué es tanto ahinco, tanta sed y tantos embarazos? Uno por la comida, que aun es tanta la vanidad, que comer mucho y desperdiciado califica; otro para el vestido, y otro para la honra. No, no, que no está bien, y con tales cuidados no llegarás á viejo, ó lo serás antes de tiempo; deja, deja la hinchazon desos gigantes, arrímalos por las paredes, vistete en invierno de cosa que te abrigue, y el verano que te cubra, no andando deshonesto ni sobrado; come con que vivas, que fuera de lo necesario es todo superfluo, pues no por ello el rico vive ni el pobre muere, antes es enfermedad la diversidad y abundancia en los manjares, criando viscosos humores, y dellos graves accidentes y mortales apoplejías. ¡Oh tú, dichoso dos, tres y cuatro veces, que á la mañana te levantas á las horas que quieres, descuidado de servir ni ser servido! que aunque es trabajo tener amo, es mayor tener mozo, como luego diremos. Al mediodía la comida segura, sin pagar cocinero ni despensero, ni enviar por carbon mojado á la tienda, y que te traigan piedras y tierra, y sabe Dios por qué se disimula; sin cuidado de la gala, sin temor de la mancha ni codicia del recamado, libre de guardar, sin recelo de perder, no envidioso, no sospechoso, sin ocasion de mentir y maquinara

para privar; eso te importa ir solo, que acompañado, aprieta que despacio, riendo que llorando, comiendo que trepando, sin ser notado de alguno. Tuya es la mejor taberna donde gozas del mejor vino, el bodegon donde comes el mejor bocado, tienes en la plaza el mejor asiento, en las fiestas el mejor lugar: en el invierno al sol, en el verano á la sombra; pones mesa, haces cama por la medida de tu gusto como te lo pide, sin que pagues dinero por el sitio ni alguno te lo vede, inquiete ni contradiga; remoto de pleitos, ajeno de demandas, libre de falsos testigos, sin recelo que te repartan y por temas te empadronen, descuidado que te pidan, seguro que te decreten, lejos de tomar fiado ni de ser admitido por fiador, que no es pequeña gloria; sin causa para ser ejecutado, sin trato para ejecutar, quitado de pleitos, contendas y debates; últimamente, satisfecho que nada te oprima ni te quite el sueño, haciéndote madrugar, pensando en lo que has de remediar.» ¶

¶ «No todos lo pueden todo, ni se olvidó Dios del pobre, camino le abrió con que viviese contento, no dándole mas frio que como tuviese la ropa, y puede como el rico pasar si se quiere regalar; mas esta vida no es para todos, y sin duda el primer inventor debió ser famosísimo filósofo, porque tan felice sosiego es de creer que tuvo principio de algun singular ingenio, y hablando verdad, lo que no es esto, cuesta mucho trabajo, y los que así no pasan, son los que lo padecen y pagan, caminando con sobresaltos, contiendas y molestias, lisonjeando, idolatrando, ajustando por fuerza, encajando de maña, trayendo de los cabellos lo que ni se sufre, ni llega, ni se compadece; y cerrando los ojos á lo que importa ver, los tienen de lince, para que el útil no se pase, siendo cosas que les importará mas estar de todo punto ciegos, pues andan armando lazos, haciendo embelecocos, desvelándose en cómo pasar adelante, poniendo trampas en que los otros caigan, porque se quedan atrás: vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Qué triste cosa es de sufrir tanto número de calamidades, todas asestadas ó (por menos mal decir) hechas puntales, para que la frágil y desventurada honra no se caiga, y el que la tiene mas firme es el que vive con mayor sobresalto de reparos! Volvía considerando sin César ni hartarme de decir: dichoso tú, que envuelto entre plomo y piedras (con firmes ligaduras) la sepultaste en el mar, de donde mas no salga ni parezca!» ¶

¶ «Acordábase me lo que en las cosas domésticas costaba un criado bellaco, sisador, mentiroso como los de hogano; y si va por el atajo, ha de ser tonto, puerco, descuidado, flojo, perezoso, costal de malicias, embudo de chismes, lengüaz en responder, mudo en lo que importa hablar, necio y desvergonzado en gruñir. Una moza ó ama que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente ó primo, para quien destaja tantas noches cada semana, amiga de servir á hombre solo, de traer la mantilla en el hombro y que le den racion, y ella se tiene cuidado de la quitación cuando halla la ocasion, y ha de beber un poquito de vino, porque se enferma del estómago. Si salíamos por las calles, donde quiera que ponía la mira, todo lo via de menos quilates, falto de ley, falso, nada cabal en peso ni medida, traslado á los carniceros y á la gente de las plazas y tiendas; demás desto, qué desesperación pone un escribano falsario ó cohechado, contra quien la verdad no vale, que solo el cañon de su pluma es mas dañoso que si fuera de bronce reforzado; un procurador mentiroso, un letrado revoltoso, de mala conciencia, amigo de trampear, marañar y dilatar, porque come dello; un juez testarudo, de los de yo me entiendo, que ni se entiende ni lo entienden, andaba pretendiendo mansejon, como toro en la vacada, y en saliendo pareció que le tiraron garrochas; llevó un vestido que para poderlo concertar y ponérselo, eran menester mas de mil cedullitas y albalá de guia, ó entrarle con una cuerda como en

el laberinto, y con aquella hambre nunca se pensó ver harto; *de donde diere, no dejó rosa ni veloso*; en todo halló pecado: en este, porque sí, y en aquel, porque no. ¶ Quién como la leona pudiera con bramidos dar vida en estos cachorrillos (verdades muertas) para que alentados tuviesen remedio! Vamos por los oficios. Considera el de un sastre, que tienen introducido tanto que se les ha de dar para el pendón, ó la obra no se ha de hacer, ó la tullen por hurtarlo; un albañil, un herrero, un carpintero, y otro cualquier oficial, sin que alguno se reserve, todos roban, todos mienten, todos trampean, ninguno cumple con lo que debe, y es lo peor que se precian dello. Volvamos arriba, no se nos quede arrinconado un boticario, que por no decir no tengo ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados, no le hallarás droga leal ni compuesto conforme al arte; mezclan, bautizan y ligan como les parece, sustitutos de calidades y efectos diversos, pareciéndoles que va poco á decir desto á esotro, siendo al contrario de toda razon y verdad, con que matan los hombres, haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las pildoras pelotas ó balas de artillería. Pues el señor doctor lo adoba, y pensarás que es menos; si no le pagas deja la cura, si le pagas la dilata, y por ello algunas ó muchas veces mata al enfermo; y es de considerar, que siendo las leyes hijas de la razon, si pides á un letrado algun parecer, lo estudia, no se resuelve, sin primero mirarlo, con ser materia de hacienda; y un médico, luego que visita, solo de tomar el pulso conoce la enfermedad ignota y remota de su entendimiento, y aplica remedios, que son mas verdaderamente medios para el sepulcro. ¿No fuera bien (si es verdad su regla, que *la vida es breve, el arte larga, la experiencia engañosa, el juicio difícil*) irse poco á poco, hasta enterarse y ser dueños de lo que quieren curar, estudiando lo que deban hacer para ello? Es cuento largo tratar desto, porque todo anda revuelto, todo aprieta, todo marañado; no hallarás hombre con hombre, ni cosa con cosa, todos vivimos en asechanzas los unos de los otros, como el gato para el ratón ó la araña para la culebra, que hallándola descuidada, se deja colgar de un hilo, y asíndola de la cerviz la aprieta fuertemente, no apartándose della hasta que con su ponzoña la mata. ¶

CAPITULO V.

Cómo Guzmán de Alfarache sirvió á un cocinero.

Libre me ví de todas estas cosas, á ninguna sujeto, excepto á la enfermedad, y para ella ya tenia pensado entrarme en un hospital. Gozaba la florida libertad, loada de sabios, deseada de muchos, cantada y discantada de poetas, para cuya estimacion todo el oro y riquezas de la tierra es poco precio. Túvela, y no la supe conservar, que como acostumbrase á llevar algunos cargos y fuese fiel y conocido, tenia cuidado de buscarme un traidor de un despensero; déle Dios mal galardone. Hacía confianza en mí, enviábame solo, que llevase á su posada lo que compraba. Desta continuacion y trato (que no debiera) me cobró amistad, parecióle mejorarme sacándome de aquel oficio á sollastre ó picaro de cocina, que era todo á cuanto me pudo encaramar en grueso. Muchas veces me lo dijo, y una mañana me hizo una larga arenga de promesas, fué subiéndome á corregidor de escalon en escalon, que si aprendia bien aquel oficio, saliendo tal, entraria en la casa real, y que sirviendo tantos años, podría retirarme rico á mi casa; mia fe bincóme la cabeza de viento, y hasta probar, poco habia que aventurar. Llevóme al señor mi amo (que ya nos conocíamos); cuando allá llegué (cómo si fuera la primera vez que nos viéramos) me dijo con mucho tardo: bien, ¿qué dice agora poca-ropa? ¿A qué bueno por acá el caballero de Illescas? ¿Es menester algo? ¿Vienes á estar conmigo? Yo estuve mal considerado, que cuando le ví comenzar con el tono tan alto, habia de vol-

verle las espaldas y dejarlo con su razon y á la mosca, que es verano. Embacéme sin saber qué responder, mas como á otra cosa no iba, le dije: «sí, señor.—Pues entra conmigo, que si haces el deber (me dijo) no perderás en ello.—Bien seguro estoy (le respondí) que asentando con vuesa merced tendré cierta la ganancia, pues no tengo de qué me resulte pérdida.» Preguntóme: «¿y sabes lo que has de hacer?» Volvíle á decir: «lo que me mandaren y supiere hacer ó pudiere trabajar, que quien se pone á servir ninguna cosa debe rehusar en la necesidad, y á todas las de su obligacion tiene alegremente de satisfacer, y para lo uno y otro se ha de disponer.» El se contentó de mi plática y entendimiento, asenté á mercedes como gavilán. Anduve á los principios con gran puntualidad, y él me regalaba cuanto podía; mas no solo á mis amos (que era casado) procuré agradar, sirviendo de toda broza en monte y villa, dentro y fuera de mozo y moza, que solo faltó ponerme saya y cubrir manto para acompañar á mi ama, porque las mas caserías, barrer, fregar, poner una olla, guisarla, hacer las camas, alijar el estrado y otros menesteres, de ordinario lo hacia (que por ser solo, estaba puesto á mi cargo); pero á todos los criados del amo procuraba contentar. Así acudia en un vuelo al recaudo del paje, como del mayordomo; del maestre de sala, como del mozo de caballos. Uno me daba le comprase lo necesario, otro que le limpiase la ropa, aqueste que le enjabonase un cuello, aquel que le llevase la ración á su mujer, y esotro á su manceba. Todo lo hacia sin rezongar ni haronear. Nunca fui chismoso ni descubri secreto, aunque no me lo encargaran, que bien se me alcanzaba lo que habia licencia de hablar, y cuál era necesario callar. El que sirve se debe guardar destas dos cosas, ó se perderá presto, siendo mal quisto y odiado de todos. No respondia cuando me reñian, ni daba ocasion para ello; á los mandados era un pensamiento; donde habia de asistir nunca faltaba, y aunque todo me costaba trabajo, nada se perdía; bastábame por paga la loa que tenia, y lo bien que por ello me trataban de palabra, no faltando las obras á su tiempo.

Gran alivio es á quien sirve un buen tratamiento; son espuelas que pican á la voluntad para ir adelante, señuelo que llama los deseos, y carro en que las fuerzas caminan sin cansarse. A unos es bien y merecen servirse de gracia, y á otros no por ningún dinero; y sobre todo reñiego de amo que ni paga ni trata.

Entonces pude afirmar que dejada la picardia, como reina de quien no se ha de hablar, y con quien otra vida política no se puede comparar, pues á ella se rinden todas las lozanías del curioso método de bien pasar, que el mundo soleniza, aquella era (aunque de algun cuidado) por extremo buena; quiero decir, para quien como yo se hubiese criado con regalo. Parecióme en cierto modo volver á mi natural, en cuanto á la bucólica; porque los bocados eran de otra calidad y gusto que los del bodegon, diferentemente guisados y sazonados; en esto me perdonen los de San Gil, Santo Domingo, Puerta del Sol, Plaza Mayor y calle de Toledo, aunque sus tajadas de hígado y torreznos fritos malos eran de olvidar.

Por cualquier niñería que hiciera todos me regalaban; uno me daba una tarja, otro un real, otro un juboncillo, ropilla ó sayo viejo con que cubria mis carnes, y no andaba tan mal tratado; la comida segura y cierta, que aunque de otra cosa no me sustentara, bastara de andar espumando las ollas y probando guisados; la ración siempre entera, que á ella no tocaba. Esto me hizo mucho daño, y el haberme enseñado á jugar en la vida pasada; porque lo que ahora me sobraba, como no tenia casas que reparar ni censos que comprar, todo lo vendia para el juego. De tal manera puedo decir que el bien me hizo mal, que cuanto á los buenos les es de aumento (porque lo saben aprovechar), á los malos es dañoso, porque dejándolo perder se pierden mas con él. Así les acontecía como

á los animales ponzoñosos, que sacan veneno de lo que las abejas labran miel. Es el bien como el agua olorosa, que en la vasija limpia se sustenta, siendo siempre mejor, y en la mala luego se corrompe y pierde. Yo quedé doctor consumado en el oficio, y en breves dias me refiné de jugador y aun de manos, que fué lo peor. Terrible vicio es el juego, y como todas las corrientes de las aguas van á parar á la mar, así no hay vicio que en el jugador no se halle: nunca hace bien, y siempre piensa mal; nunca trata verdad, y siempre traza mentiras; no tiene amigos ni guarda ley á deudos; no estima su honra, y pierde la de su casa; pasa triste vida, y á sus padres no se la desea; jura sin necesidad y blasfema por poco interés; no teme á Dios ni estima su alma; si el dinero pierde, pierde la vergüenza para tenerlo, aunque sea con infamia; vive jugando y muere jugando, en lugar de cirio bendito la baraja de naipes en la mano, como el que todo lo acaba de perder, alma, vida y caudal en un punto. Mucho esperimenté de otros; no hablo lo que me dijeron, sino lo que mis ojos vieron. Cuando las raciones no bastaban (porque para jugar no faltase), traía por la casa los ojos como hadas encendidas, buscando de dónde mejor pudiera valerme.

A las cosas de la cocina con facilidad ponía cobro, aprovechándome siempre de la comodidad, como de mi no pudiese haber sospecha. Muchas cosas que hurtaba las escondia en la misma pieza donde las hallaba, con intencion, que si en mí sospechasen, sacarlas públicamente ganando crédito para adelante; y si la sospecha cargaba en otro, allí me lo tenia cierto, y luego lo trasponia. Una vez me aconteció un donoso lance, que como mi amo trajese á casa otros amigos cofrades de Baco, pilotos de Guadalcanal y Coca, y quisiese darles una merienda, todos tocaban bien la tecla; pero mi amo señaladamente era estremadamente músico de un jarro. Sacóles entre algunas fiambreras, que siempre tenia proveídas, unas hebritas de tocino como sangre de un cordero. Ya de los envites hechos estaban todos á los treinta con rey: alegres, ricos y contentos, y con la nueva ofrenda volvieron á brindarse, quedándose (y mi ama con ellos, que también lo menudeaba como el mejor danzante) que los pudieran desnudar en cueros; tales lo estaban ellos; la polvoreda habia sido mucha, levantáronse los humos á lo alto de la chimenea; los unos cayendo, los otros tropezando, dando cada uno traspies, fuése como pudo, segun me lo contó un vecino y mis amos á la cama, dejándose abierta la casa, la mesa puesta y el vasillo de plata en que brindaron rodando por el suelo, y todo á beneficio de inventario. Yo acaso habia quedado en la cocina del amo aderezando sartenes y asadores, juntando leña y haciendo otras cosas del oficio. Luego como acabé la tarea, fuíme á la posada, halléla desaliñada, de par en par abierta, y el vasillo por estropezo, casi pidiéndome que siquiera por cortesía lo alzase; bajéme por él, miré á todas partes si alguno me pudiera haber visto, y como no sintiese persona, volvíme á salir pasico. No habia dado cuatro pasos, cuando me tocó el corazón una arma falsa; púsemme á pensar si habia ruido hechizo, que era bien asegurarme mejor y no ponerme en ocasion, que por interese poco se aventurase mucho y algunos azotes á las vueltas. Volví á entrar, llamé dos ó tres veces, nadie me respondió; fuíme al aposento de mis amos, hallélos tales, que parecia estar difuntos y era poco menos, pues estaban sepultados en vino. El resuello que daban me dejó de manera como si hubiera entrado en alguna famosa bodega.

Quisiera con algunos cordeles atarlos por los pies á los de la cama y hacerles alguna burla; pero parecióme mas á cuento y mejor la del vaso de plata: púselo á buen cobro. Habiendo asegurado el burto, volvíme á la cocina, donde no faltó en que ocuparme hasta la noche que vino mi amo con un terrible dolor de costado en las sienas, y estando en el hogar solo un tizo, me quiso aporrear, que

para qué gastaba tanta leña, que se quemaria la casa. No estuvo aquella noche de provecho, como pude suplir, cubriendo su falta; puse á punto la cena, dímosla, y habiendo cumplido á todo, nos fuimos á dormir. Hallé á mi ama de mal semblante: muy triste, los ojos bajos y llorosos, ansiada y pesarosa, sin hablar palabra, hasta que mi amo fué acostado. Preguntéle qué tenia que tan mohina estaba. Respondióme: «¡ay Guzmanico, hijo de mi alma! gran mal, gran desventura, amarga fui yo, desdichada la hora en que nací, en triste signo me parió mi madre.» Ya yo sabia dónde le dolía; su botica fuera mi faltriguera, y mi voluntad su médico; pero no, que todas aquellas compasiones no me la ponían, porque habia oído decir, que cuando mas la mujer llorare, se le ha de tener la lástima como á un ganso que anda en el agua descalzo por enero. No me movió un cabello; mas fingiendo pesarme de su pena, la consolaba, que no dijese tales palabras, rogándole me contase qué tenia, dándole parte dello, que en lo que pudiese haria por ella como por mi madre. «¡Ay hijo! me respondió, que trujo tu señor (en amarga hora) unos amigos á merendar, y entre todos me falta el vaso de plata; ¿qué hará tu amo cuando lo sepa? Mataráme por lo menos, hijo de mis entrañas.—¿Qué hará por lo mas?» le quise preguntar. Hiceme del pesante, abominando la bellaquería, y que no hallaba otro medio mas de que se levantase por la mañana y fuésemos á comprar á los plateros otro como él, y dijese á su marido que porque estaba viejo y abollado lo habia hecho limpiar y aderezar, que con esto escusaría el enojo; también le ofrecí que si no tenia dineros y lo hallase fiado, tomase mis raciones para pagarlo con ellas ó las pidiese adelantadas.

Agradeciómelo mucho, tanto por el consejo como por el remedio; mas hizo se le inconveniente salir de casa y sola, temiendo que su marido no la viese, porque era muy celoso. Rogóme que por un solo Dios lo fuese yo á buscar, que dineros tenia con qué pagarlo; yo no deseaba otra cosa, porque me habia puesto cuidado á quién ó cómo pudiera venderlo que me lo comprara, pues por mi persona era fácil de creer que lo habia hurtado; mas con esta buena salida fuíme á los plateros, dije á uno que me lo limpiase y desabollase, que estaba mal tratado. Concertélo en dos reales; pusieronlo cual si entonces acabara de hacerlo. Volví á mi casa diciendo: uno he hallado en la puerta de Guadalajara, pero tiene cincuenta y siete reales de plata, y no quieren por la hechura menos de ocho. A ella le pareció una blanca, segun deseaba salir de aquel trabajo; contóme el dinero en tabla, y volvíselo á vender, como si no fuera el mismo ni se lo hubiera hurtado, con que quedó contenta y yo pagado; mas como se vino se fué: de dos encuentros me lo llevaron. Estos hurtillos de invencion de cosecha me los tenia, y la ocasion me los enseñaba; mas los de permission siempre andaba con cuidado para saberlos usar bien cuando los hubiera menester. Así tenia costumbre de llegarme al tajo, donde se repartian las porciones; atentamente via lo que pasaba, y como en cada una iban dos onzas de menos, aprendi jugar de dedillo, balanza y golpete. Algunos le decian que pesase bien; el despensero respondia, que enjugaba la carne, y que recibíendola en un fiel, no podia dejar de hacer un poco de refacion para las mermas de muchos, y en esto iba á decir la sesta parte. Despensero, cocinero, botiller, veedor y los mas oficiales, todos hurtaban y decian venirles de derecho, con tanta publicidad y desvergüenza, como si lo tuvieran por ejecutoria. No habia mozo tan desventurado que no aborrase los menudillos de las gallinas ó de los capones, el jamon de tocino, el contrapeso del carnero, las postas de ternera, salsas, especias, nieve, vino, azúcar, aceite, miel, velas, carbon y leña, sin perdonar las alcomenias ni otra cosa, desde lo mas necesario hasta lo de menos importancia que en una casa de un señor se gasta.

Luego que allí entré, no se hacía de mi mucha confianza: fui poco á poco ganando crédito, agradando á los unos, contentando á los otros y sirviendo á todos; porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer. Ganar amigos es dar dinero á logro y sembrar en regadío. La vida se puede aventurar para conservar un amigo, y la hacienda se ha de dar para no cobrar un enemigo; porque es una atalaya que con cien ojos vela, como el ladrón sobre la torre de su malicia, para juzgar desde muy lejos nuestras obras. Mucho importa no tenerlo, y quien lo tuviere, trátelo de manera como si en breve hubiese de ser su amigo. ¿Quieres conocer quién es? Mira el nombre, que es el mismo del demonio, enemigo nuestro, y ambos son una misma cosa. Siembra buenas obras, cogeras fruto dellas, que el primero que hizo beneficios forjó cadenas con que aprisionar los corazones nobles. En lo que me pude adelantar no me detuvo la pereza: no di lugar que de mí se diesen quejas verdaderas ni me trajeran en revueltas; hui de los deste trato, y mas de chismosos, á quien con gran propiedad llaman esponjas; aquí chupan lo que allí esprimen; de los tales no se fien, apártense dellos, aborrezcan su compañía, aunque en ella se interese, porque al cabo ha de salir con pérdida y descalabrado. No puede una casa padecer mayor calamidad, ni la república mas contagiosa pestilencia, que tener hombres cizañeros y revoltosos, amigos de hablar en corrillos y hacerlos. Siempre procuré con todos tener paz, por ser hija de la humildad; y el humilde que ama la paz, ama y es amado del autor della, que es Dios. Si malas compañías no me dañaran, yo comencé bien y corría mejor; comía, bebía, holgaba, pasando alegremente mi carrera.

Muchas veces (acabada la hacienda) me echaba á dormir á la suavidad de la lumbre que sobraba de mediodía ó de parte de noche, quedándome allí hasta por la mañana. Cuando en casa no había que hacer, dábanme los bellacos de los mozos y pajes mucho del sartenazo, culebras y pesadillas; echabanme libramientos, ahogándome a humazos. Tal vez hubo que con uno me desatinaron por mucho rato, que ni sabía si estaba en pié ó si sentado; y si no me tuvieran, me hiciera la cabeza pedazos contra una esquina, y á todo esto paciencia, sin desplegar la boca corrigiéndome para conservarme; que el que todo lo quiere vengar, presto quiere acabar: larga se debe dar á mucho, si no se quiere vivir poco; despreciando las injurias, queda corrido y se cansa el que te las hace, que si te corrieses, quedarías cargado: en mi hacían anatomía. Otras veces para probarme hicieron cebaderos, poniéndome moneda donde forzosamente hubiese de dar con ella: querían ver si era levantisco de los que quitan y no ponen; mas como se las entendía y les entrevaba la flor, decía: *no á mí que las vendo, á otro perro con ese hueso*; salto en vago habéis dado, no os alegraréis con mis desdichas, ni hareis almoneda de mis infamias. Allí me lo dejaba estar, hasta que quien lo puso lo alzase, teniendo cuenta que otro no lo traspusiese y dijese que yo. Otras veces lo alzaba y daba con éllo en manos de mis amos, andando con gran recato en hacer mis heridas limpias á lo salvo, como buen esgrimidor; que dar una cuchillada y recibir una estocada es dislate. Hurtaba lo que podía; pero de modo que no se pudiera causar sospecha contra mí. Para las haciendas de mi cargo yo me lo tenía, y á mi amo descuidado de mandarlo: en habiendo que trabajar no aguardaba que me lo mandasen; era de todos mis compañeros el primero á pelar de las aves, fregar, limpiar, barrer, hacer y soplar la lumbre, sin decir al otro, hacedlo vos; porque consideraba que no habiendo de holgar ni estar mano sobre mano, tanto me daba trabajar en esto que en esotro, y era engañar de maña con lo que era fuerza; siempre hacía lo que mas podía y mejor sabía, guardando el decoro al oficio. Aun el ave no estaba bien acabada de pelar, cuando to-

maba el almirez y molía misturas para salsas ó para guisados. Traía el herraje como espadas acicaladas; las sartenes que se pudieran limpiar con la capa, los cazos como espejos; guardábalo en sus cajas, colgábalo en sus clavos, donde solía estar cada cosa, para darlo en mano cuando fuera menester, sin andarlo á buscar, acordándome donde lo puse: todo tenía su lugar diputado con mucha curiosidad y concierto.

Las horas que me sobraban, cuando no había que hacer, en especial por las tardes, que siempre tenía mas lugar, los oficiales de casa me daban sus percances que los llevase á vender: ibame con ellos á las puertas de la carnicería, donde era nuestro puesto, y lo acudían á comprar los que lo habían menester. Algunas veces lo que llevaba era bueno, otras no tal, y otras hediondo y malo; mas todo resultaba de lo que llamaban ellos provechos y derechos, que es de diez dos, harto mejor pagado que el almojarifazgo de Sevilla. Lo ordinario y siempre, nunca faltaban menudillos de aves y despojos de terneras, perdices, gallinas que se perdían andando en el asador, ó perdigadas en el hervor de la olla, conejos desollados y mechados con sus garrochitas de tocino ribeteados, como gabán de Sayago, sin dejarles blanco del tamaño de una uña donde no llevasen clavada su saeta; presas había que, habiéndose tardado en sacarse á vender, oliscaban; disfrazaban estas tales de manera que parecían como nuevas: cada uno el que mas podía mejor afeitaba su hacienda. Vendía también lenguas de vaca, cecina de jabali, lomo en adobo, empanadas inglesas de venado, piezas de tocino con tres dedos de tabla en grueso: mirad, ¡qué derechos tan tuertos, y qué provechos tan dañosos para no sacarse cada día facultades, empeñarse los estados, y vender los vasallos!

¡Pobres de los señores que no pueden ó no saben, ó por mejor decir, no quieren consumir esta langosta, destruyendo tan dañosa polilla! Y desventurados de los que (por ostentacion) quieren tirar la barra con los mas poderosos: el ganapán como el oficial, el oficial como el mercader, el mercader como el caballero, el caballero como el titulado, el titulado como el grande, el grande como el rey, todos para entronizarse. Pues, á fe que no es oficio holgado, y que el rey no duerme ni descansa con el reposo del ganapán, ni come con el descuido del oficial; y le aflige mas lo que la corona le carga que cuanto el mercader carga; mas le inquieta cómo tiene de proveer sus armadas, que al caballero el aprestar sus armas; y no hay titulado muy empeñado, que el rey no lo esté mas, ni grande tan grande que los trabajos y pesadumbres del rey no sean mas grandes y graves; él vela cuando todos duermen. Por eso los egipcios para pintarlo ponían un cetro con un ojo encima: trabaja cuando todos huelgan, porque es carro y carretero; sospira y gime cuando todos rien, y son pocos los que se duelen dél, que no sea por su interés, debiendo por sí solo ser amado, temido y respetado. Pocos le tratan verdad por no ser odiados; pocos le desengañan: ellos saben el por qué, y para qué, y sabemos todos que lo hacen por adelantarse y volar arriba, sea como fuere, aunque sean las alas de cera, y hayan de caer en el mar de Icaro. La locura y desvanecimiento de los hombres (como te decía) los trae perdidos en vanidades, y los que mas lastiman son señores y caballeros, que gastando sin necesidad, vienen á la necesidad; porque aun pocas espensas, muchas veces hechas, consumen la sustancia, váseles cayendo la pluma pelo á pelo, de donde (quedando sin cañones) los llamaron pelones ó peludos; luego se recogen á las aldeas ó caserías, donde dan en criar cebones, gallinas y pollos, contando los huevos de cada día, haciendo dellos caudal principal. Sáquese de aquí en limpio, que si el rico se quisiere gobernar, le aseguro que nunca será pobre; y si el pobre se comidiere, que presto será rico, acomodándose todos en todo con el tiempo; que no siem-

pre le está bien al señor guardar, ni al pobre gastar. Entretenimientos han de tener; mas ténganse tales que sean para entretenerse y no para perderse. En las ocasiones ha de mostrarse cada uno conforme á quien es, que para eso lo tiene; pero no emparejándose todos lado á lado, pié con pié, cabeza con cabeza. Si se alargare el poderoso, deténgase el escudero, no quiera con sus tres hacer lo que el otro con treinta. ¿No considera que son abortos y cosas fuera de su natural, de que todos murmuran, riéndose dél, y gastada la sustancia se queda pobre arinconado? ¿No entiende el que no puede, que hace mal en querer gallear y estirar el pescuezo? Si es cuervo, y no sabe ni puede mas de graznar, ¿para qué quiere cantar y preciarse de voz, aunque el adular le diga que la tiene buena? ¿No ve que lo hace por quitarle el queso y burlarlo? Lo mismo digo á todos: que cada uno se conozca á sí mismo, tiene el temple de sus aceros, no quiera gastar el hierro con la lima de palo, y lo que él murmura del otro, cierre la puerta para que el otro no lo murmure dél. A todos conviene dormir en un pié (como la grulla) en las cosas de la hacienda, procurando, ya que se gasta, que no se robe; que el dejar perderlo es franqueza, y con lo que hurtan veedor, cocinero y despensero (que son los tres del mohino) se pueden gratificar seis criados. No digo mas del robo destos que del desperdicio de esotros, pues todos hurtan y todos llevan lo que se pueden cercenar de lo que tienen á su cargo, uno un poco, y otro otro poco: de muchos pocos se hace un algo, y de muchos algos un algo tan mucho, que lo embebe todo. †

† Gran culpa desto suelen tener los amos, donde corto salario y mal pagado; porque se sirven de necesitados, y dellos hay pocos que sean fieles. Póneste á jugar en un resto lo que tienes de renta en un año; paga y haz merced á tus criados, y serás bien y fielmente servido; que el galardón y premio de las cosas hace al señor ser tenido y respetado como tal, y pone ánimo al pobre criado para mejor servir. Hay señor que no dará un real al sirviente mas importante, pareciéndole que le basta el sueldo seco, y que en dárselo y su racion está pagado. No, señor, no es buena razon; que aqueso ya se lo debes, no tiene que agradecerte: con lo que no le debes le has de obligar á mas de lo que te debe, y que con mas amor te sirva; que si no te alargas de lo que prometiste, siendo señor, no será mucho que el criado se acorte, y no se adelante de aquello á que se obligó: como sucedió á un hidalgo cobarde, que habiendo sido demasiado, en confianza de su dinero, con otro hidalgo de valor, viendo que sus fuerzas y ánimo eran flacos, quiso valerse de un mozo valiente que lo acompañaba. Aconteció que como una vez echase su enemigo mano para él, su criado lo defendió con pérdida del contrario, que lo retiró en cuanto su señor se puso en salvo, y en esta quistion perdió el mozo el sombrero y la vaina de la espada. Esto se pasó: fuése á su posada; mas nunca el amo le satisfizo la pérdida ni lo adelantó en alguna cosa; y como viniese otra vez con un palo y le diese de palos el de la quistion pasada, el criado se estuvo quedo mirando cómo lo aporreaba. El amo daba voces pidiendo socorro, á quien el mozo respondió: «vuesa merced cumple con pagarme cada mes mi salario, y yo con acompañarle como lo prometí, y el uno ni el otro no estamos á mas obligados.» Así que, si quieres que salgan de su paso, aventajándose en tu servicio, de lo que pierdes tan desbaratadamente, gánales las voluntades, que será ganar no te roben la hacienda, defiendan tu persona, ilustren tu fama y deseen tu vida. †

† Oh, cuantas veces vi llevar y llevé tortas de manjar blanco, lechones, pichones, palominos, quesos de cien diferencias y provincias, y otras infinitas cosas á vender, que es prolijidad referirlas, y faltan tiempo y memoria para contarlas! Solo quiero decir, que estos desórdenes en todos, me hizo á mí como á uno dellos: *andaba entre*

lobos, enseñéme á dar aullidos. Yo también era razonable principiante, aunque por diferente camino, mas entonces perdi el miedo; soltéme al agua sin calabaza; sali de vuelo: todos jugaban y juraban, todos robaban y sisaban, hice lo que los otros. De pequeños principios resultan grandes fines. Comencé (como dije) de poco á jugar, sisar y hurtar, fuime alargando el paso como los niños que se sueltan en andar, hasta que ya lo hacia de lo fino, de á ciento la onza; y no lo tenía por malo (que aun á esto llegaba mi inocencia), antes por lícito y permitido. Compraba algunas cosillas que me hacían falta, ó lo echaba en un topa, que siempre de los juegos buscaba los mas virtuosos, vueltos ó carteta para acabar presto y acudir á mi oficio. Acuérdomé una vez, que estando porfiando una suerte con otros mancebitos de mi talle en un corral de casa, se levantó gran grita: pareció con la vocería hundirse la casa; mandó nuestro amo al maestre-sala mirase qué era aquello; hallónos en la brega fregando el delito; y escediendo de su comision, diónos una rociada de leña seca, sacudiéndonos el polvo del hatillo, de manera que nos levantó ronchas por todo el cuerpo debajo de la camisa; con que también perdi mi crédito ganado, trayéndome de allí adelante sobre ojos (como dicen), de donde comenzó mi total perdición, de la manera que sabrás adelante.

CAPITULO VI.

En que Guzmán de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero hasta salir despedido dél.

Mucho se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho mas debe estimarse aquel que sabe con su virtud conservar lo ganado. Mucho me forzaba la voluntad en agrandar, aunque mas me tiraba la mala costumbre de la vida pasada; y así lo que hacia (como cosa contrahecha) eran las obras de la mona; que la gloria falsamente alcanzada, poco permanece y presto pasa. Fui como la mancha de aceite, que si fresca no parece, brevemente se descubre y crece: ya no se fiaban de mí, llamábanme, uno cedacillo nuevo, otro la gata de Venus; y se engañaban, que mi natural bueno era, y en el mio ni lo aprendí ni lo supe: yo lo hice malo y lo dispuse mal; enseñáronmelo la necesidad y el vicio; allí me afiné con los otros ministros y sirvientes de casa. Ladrónes hay dichosos que mueren de viejos; otros desdichados que por el primer hurto los ahorcan. Lo de los otros era pecado venial, y en mí mortal: fué muy bien, pues degeneré de quién era, haciendo lo que no debía; perdime con las malas compañías, que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga, hechizo que hechiza, sol de marzo, áspid sordo y voz de sirena. Cuando comencé á servir, procuraba trabajar y dar gusto, después los malos amigos me perdieron dulcemente; la ociosidad ayudó gran parte, y aun fué la causa de todos mis daños.

† Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe. Es la ociosidad campo franco de perdición, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que siega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades, y silo en que se recogen todos los vicios. No puse los ojos en mí, sino en los otros: parecióme lícito lo que ellos hacían, sin considerar que por estar acreditados y envejecidos en hurtar, les estaba bien hacerlo, pues así habían de medrar, y para eso sirven á buenos. Quise meterme en docena, haciéndome como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado; pero si disculpas valen, y la que diere se me admite, como tan libremente via que todos llevaban este paso, parecióme la tierra de Jauja, y que también había de caminar por allí, creyendo (como dije) ser obra de virtud, aunque des-

